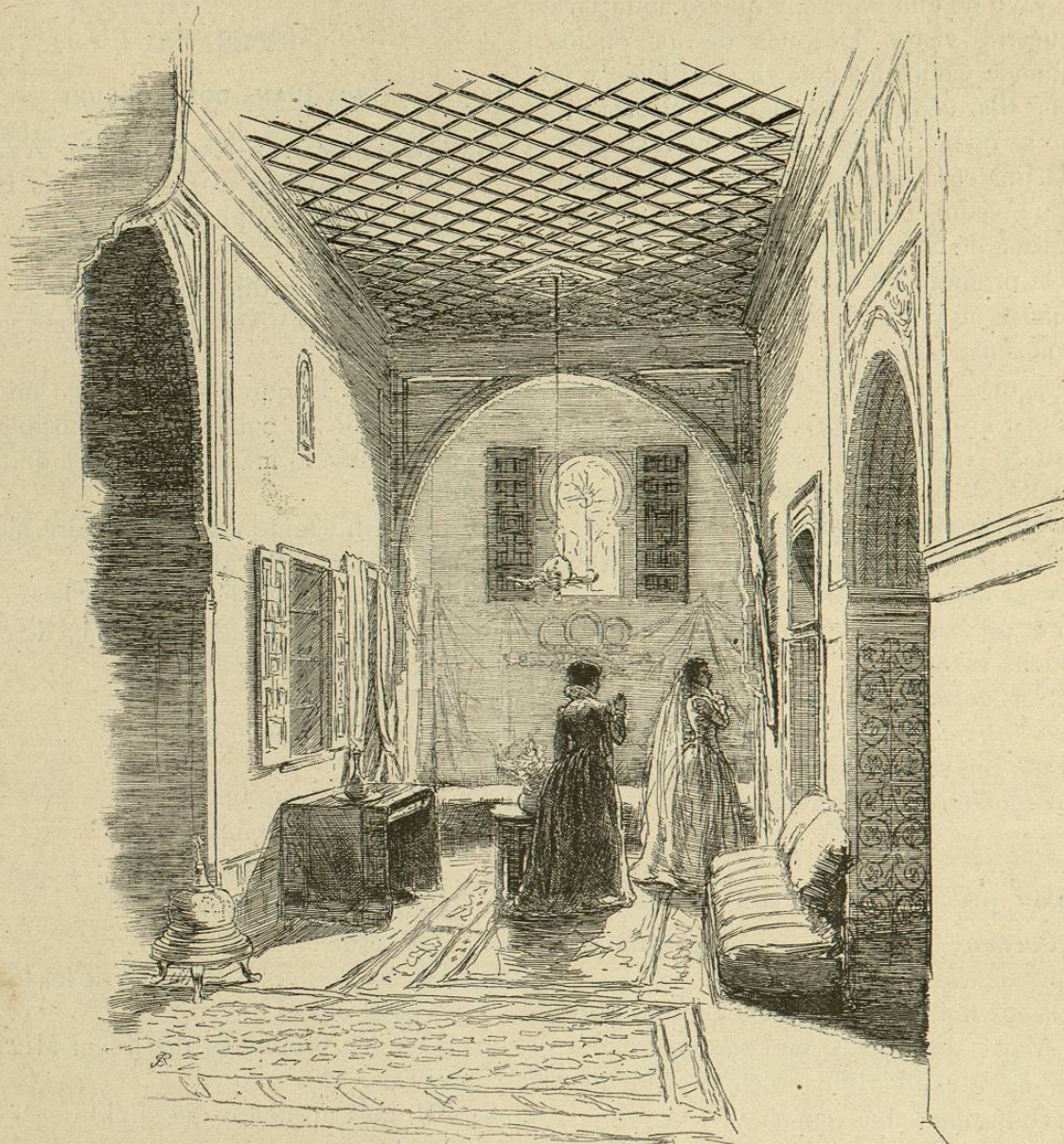


afecto, reparad que fueron ocasión de mi contento.

ROD. ¡Oh humillación! ¡Mis tres criados! ¡Se dirá que un antiguo consejero, después de una vida entera consumida en habérselas con los más diestros, acabó por

ser juguete y escarnio de tres imbéciles! JUAN. Respetable don Rodrigo, calmaos: no hay escollo como un necio para el hombre de ingenio, si la confianza le ciega sobre todo. Quedad con Dios; corro á tomar mi espada, y vuelo á las plantas de doña Florinda.



### ACTO SEGUNDO

Casa de doña Florinda: cámara alhajada á la moruna

#### ESCENA PRIMERA

DOÑA FLORINDA (acaba de vestir el traje de boda), DOROTEA

DOR. Nunca más bella. (*Haciéndose para verla.*) Ni más apuesta.

FLOR. Dí, nunca más dichosa, Dorotea.

DOR. ¿Qué va á decir don Juan, él que os veía ya tan hermosa con los lutos?

FLOR. Con todo, estaba bien triste entonces; mi pobre padre acababa de dejarme sola en el mundo.

DOR. Conmigo.

FLOR. Sí, contigo, mi segunda madre, que no has cesado de velar sobre mi felicidad, que has sabido mantenerme en la fe de mis mayores, en esa fe á que he jurado eterna fidelidad entre los brazos de mi padre espirante.

DOR. Y bien os avino. El Dios de Jacob os galardona enviándoos un esposo de prendas tan aventajadas, mozo, galán, bien parecido, hidalgo además entre los hidalgos,

y no en fin de esos que en estos tiempos afectan un exceso de religión más cruel que la propia impiedad.

FLOR. ¡Ah! ¿Por qué ha de querer mi desdicha que ese sea en él un mérito á mis ojos?

DOR. Si no tuviera más que ese, señora, yo os compadeciera; pero generoso, cuanto noble y valiente como los Macabeos; desde nuestro viaje á Madrid me convencí de la falta que os hace un protector.

FLOR. Ese viaje tú le dispusiste.

DOR. Cierto: no se había de hacer nada para recobrar las sesenta mil doblas prestadas al emperador Carlos V por vuestro padre y...

FLOR. ¿Qué esperanza podíamos abrigar, después, sobre todo, de su abdicación?

DOR. En buen hora que abdicase su corona... ¡pero sus deudas! ¿No podríais escribirle á su retiro? profesaba buen afecto á vuestro padre, y, aunque fraile, ¿quién sabe si no sería agradecido?

FLOR. (*Sonriéndose.*) ¿Piensas que un fraile ha de ocuparse de intereses de este mundo?

DOR. (*Arreglando las flores del peinado de su ama.*) ¡Lindas flores! ¿Qué bien van á vuestro rostro! ¡cuán frescas y cuán lozanas!

FLOR. ¡Pero falsas, Dorotea!

DOR. Tanto mejor; eso más tardarán en marchitarse.

FLOR. Falsas como mi nombre, como mi dictado, como las ofrendas que tributo á Dios en los templos de los cristianos.

DOR. Bien podéis hacer sin escrúpulo lo que el noble Ben-Jochai, vuestro padre, hacía antes que vos: digo noble, porque le era de corazón; pero castellano en la iglesia bajo el nombre de Sandoval, judío en su casa con el suyo propio, supo vivir en paz con la Inquisición sin poner contra sí el Dios de Israel. Hizo bien en abjurar; todo era una restricción mental más ó menos.

FLOR. ¿Pero engañar al objeto de nuestro amor?

DOR. ¡Volvéis á esa fantasía!

FLOR. ¡Oh! ¡siempre, siempre! al lado suyo, y lejos de él, esta idea me persigue como un remordimiento: ¡qué de veces quise confesárselo todo! detuviéronme unas veces tus razones: selló mis labios otras el temor de verme desdenada.

DOR. ¿Qué importa que os quiera bien bajo el nombre de doña Florinda ó bajo el de Sara?

FLOR. ¡Sara!... ese nombre fatal...

DOR. ¿Os sonrojaría?...

FLOR. No á mí; pero no quiero que tenga que sonrojarle á él.

DOR. Razón de más para ocultarlo.

FLOR. ¡Oh! no; hoy mismo lo sabrá.

DOR. Guardaos bien de tal cosa; no habéis cruzado como yo el Zocodover de Toledo: no habéis visto los aprestos del auto de fe que ha de verificarse dentro de tres días. ¿Sabéis que sois perdida, que sois muerta, mi querida Sara, sí, y cruelmente, por poco que os sospechen de judaísmo?

FLOR. ¿Y quién había de denunciarme? ¡Bien pudiera don Juan dejarme, pero venderme!! No lo pensaste, Dorotea...

DOR. ¡No, por vida mía!

FLOR. Todo lo sabrá.

DOR. ¿Aún? ¿Qué hacéis?

FLOR. Escribir á don Juan.

DOR. ¿Para qué, si le habéis de ver?

FLOR. ¿Y tendré ánimo para hablarle?

DOR. Daos prisa, pues... (*Yendo hacia la ventana.*) ¡Oh! daos prisa, que él propio viene hacia esta parte. ¡Él es!

FLOR. (*Levantándose.*) ¿Don Juan?

DOR. El mismo; ¡viérasle correr! Ya llega, háceme seña de bajar: gran muestra de gozo da su rostro.

FLOR. Dorotea, ¿debo acabar esta carta?

DOR. ¡Ah! no, no... corro á abrirle, y os le traigo.

### ESCENA II

DOÑA FLORINDA

¡Guardar con todo un secreto que ha de amargar su dicha eternamente! ¡por un punto de flaqueza, un suplicio de todos los días, de toda la vida! ¡Oh! no, imposible. Pero si en el exceso de su amor... ¡ah! esta idea me quita la respiración. (*Mirando al espejo.*) ¡Parece sin embargo que no se ha perdido todo todavía!... ¡Si pudiese hoy parecerle mejor que nunca! ¡ah! cobremos ánimo... ¡aun espero!!!

### ESCENA III

DOÑA FLORINDA, DON JUAN, DOROTEA

JUAN. ¿Llego, por ventura, tarde?

FLOR. ¿Y cuándo no, don Juan?

JUAN. Si he de dar crédito á mi impaciencia, ¿decíslo por mí ó por vos?

FLOR. Por entrambos.

JUAN. ¡Oh cuánto es dulce el oírlo! ¡Cielos! no

habléis más: dejadme, señora, que os contemple.

DOR. ¿Y bien, señor don Juan? Esa es obra de mis manos.

JUAN. Y de su belleza más. Más hechicera que nunca. ¡Os quedáis, Dorotea!

DOR. ¿Empezáis? Me sentaré á esta parte: pondré mis ojos en la labor, y el pensamiento á mil leguas de aquí. ¿Os estorbo aún?

FLOR. ¿No es mi segunda madre?

JUAN. Pues lo queréis: ¡oh! y hoy confieso que lo ha merecido, si bien para embelleceros poco ha tenido que poner de su parte.

FLOR. Al menos le habéis dejado el espacio.

JUAN. ¿Todavía? Sois injusta y cruel. Cosas han pasado hoy en casa de don Rodrigo, que á saberlas vos disculparíais mi tardanza. Ni espacio tuve de acudir á San Sebastián á deshacer la orden que había dado.

FLOR. ¿Qué decís?

DOR. ¡Don Juan!

JUAN. Sí, mi bien; ¡no más misterio! nuestra boda no será ya secreta, sino en el altar mayor, con pompa y con ceremonia.

FLOR. ¿Consintió por fin don Rodrigo? ¿Podré mostrarme al público ufana con vuestro nombre?

JUAN. ¡Mi nombre, hermosa Florinda! ¡ah! nada deseo como poderoslo ofrecer; pero, al haceros ese don, ignoro, por vida mía, si es rico ó pobre el presente que os hago.

FLOR. ¿Cómo pues?

JUAN. No soy hijo de don Rodrigo, y quien sea mi padre lo ignoro.

FLOR. ¿Habláis de veras?

JUAN. De mí pende crearme un gran señor, según dicen, hasta llegar á ser un eminentísimo; pero lo que hay de cierto es que en el punto en que os hablo no soy nadie. Ved, señora, si confié ciegamente en vuestro amor. Vine tan tranquilo como si me fuera dado poner un reino á vuestras plantas, y en todo no puedo ofrecerlos sino la mano de un joven sin fortuna, sin familia tal vez, y cuyo único derecho á vuestra preferencia es un amor que hará la dicha ó la desdicha de su vida.

FLOR. (*Levantándose.*) Eso me basta: en vos no quise bien, don Juan, sino á vos mismo: yo sola os serviré de familia; y tocante á bienes de fortuna, ¿no tengo yo de más para los dos? ¿El resto qué os importa?

JUAN. ¡Ah! no me engañé, Florinda, generosa

Florinda. ¡Qué diera porque pudiera oiros en este instante el conde de Santa Fiore!

FLOR. ¿Quién decís?

JUAN. Un severo personaje, á quien debo, según dicen, un respeto filial: representa para mí á mi padre difunto, y de buen grado reconozco en él su autoridad.

FLOR. ¿Vos?

JUAN. Con tal que use de ella como mejor me convenga.

DOR. Eso es otra cosa.

JUAN. Lo espero aquí.

FLOR. ¿Aquí?

JUAN. Él ha de ser uno de mis testigos, y acaso el más importante. Su poder es mucho con el rey, y á vos deberé el secreto de mi cuna, que él solo puede revelarme, y su apoyo, que me tiene prometido.

FLOR. ¿A mí?

JUAN. No os costará nada, bien mío. Basta con agradecerle.

FLOR. ¡Cielos! ¿Qué decís?

DOR. Un amigo del rey será devoto.

JUAN. Sí, devoción de corte; sutil y acomodaticia. Hacedle buen recibimiento, granjead su afecto, y nada habré de temer por mí; sólo temblaré por su dama, que es también enamorado.

DOR. No sois, pardiez, celoso, don Juan. ¡Ah! mi buen Daniel de otra suerte me hubiera hablado de un extraño el día de nuestras bodas.

JUAN. ¿Tenía por nombre Daniel? Nombre de profeta.

DOR. No hagáis escarnio de los profetas: más verdades anunciaron que las que han dicho muchos cristianos en toda su vida.

JUAN. No diríais otro tanto, Dorotea si fueseis judía.

FLOR. Y si lo fuese, no la volveríais acaso á mirar.

JUAN. Mucho parecéis interesaros por los judíos.

FLOR. ¿Y vos les deseáis mucho mal?

JUAN. No tal; pero un amigo mío daría con toda la raza de Jacob en el fondo del mar Rojo. Y en verdad, ¿qué mal habría?

FLOR. Don Juan... Yo, que juzgo sin prevención, presumo que se esconden en ese pueblo perseguido tantas virtudes por lo menos como en sus perseguidores, y si tiene defectos...

JUAN. Al menos está en el día bien corregido del que arruinó al hijo pródigo.

## ESCENA IV

DOÑA FLORINDA, DON JUAN

DOR. Seguid, don Juan. Pero yo os puedo decir que conozco alguna doncella de su tribu que no se contenta como muchas hidalgas con hacer decir misas por las animas, sino que va ella misma á consolar y socorrer á los desvalidos...

FLOR. ¡Dorotea!

DOR. Que reparte con ellos la mejor parte de su hacienda.

JUAN. Tal vez no hace en eso más que una restitución.

FLOR. ¡Ah! sois cruel, don Juan.

JUAN. Bien podemos decirlo entre cristianos. Por mi parte confieso que el pueblo escogido del Señor no hubiera sido el que yo en su lugar hubiese elegido... (*A doña Florinda, que se ha sentado, y que escribe.*) ¿Qué hacéis, doña Florinda?

FLOR. Concluyo una carta.

JUAN. Mucho os urge.

FLOR. Y más me interesa.

JUAN. ¿Qué tenéis? ¿Os ha enojado lo que he dicho de los judíos?...

FLOR. ¡Ah! don Juan, se los desprecia sin conocerlos, se los condena sin oírlos; son desdichados, en fin, y cuando milita la fuerza de una parte, y de otra la desdicha, os pronunciáis, señor, contra los débiles. Jamás, don Juan, lo hubiera creído.

DOR. Sobre todo cuando el auto de fe que se prepara ha de hacer correr tanta sangre y tantas lágrimas.

JUAN. ¡Por vida mía! Doña Florinda, no me condenéis por una chanza. Juzgadme, mi bien, más generoso; sea un hombre hereje, judío ó musulmán, puede granjearse mis burlas mientras es feliz; pero si sufre, puedo no pensar como él, mas sufro también con él, y para juzgarle dejo de ser cristiano, y de Castilla: soy hombre, soy su hermano para consolarle y darle amparo.

FLOR. (*Levantándose y cogiéndole la mano.*) ¡Ah! don Juan, ¡qué bien me hacéis!

JUAN. ¡Ah! comprendo. ¿Tendréis algún amigo entre esos desdichados que van á ejecutarse? Deberíais atenciones... ¿Qué puedo yo para salvarle? disponed de mi brazo, de mi vida... ¿mi sangre toda no os pertenece?

FLOR. Dorotea... (*Haciéndole seña de salir.*)

DOR. Llegó el momento... Señor don Juan, antes de resolveros miradla bien.

JUAN. Vive Dios que estoy confuso.

JUAN. Hablad, hermosa Florinda, hablad.

FLOR. Esta carta es para vos.

JUAN. ¿Para mí?

FLOR. Encierra un secreto que no hallé fuerzas de deciros.

JUAN. ¿Tembláis, señora?

FLOR. Mal mi grado os dejo, don Juan. Mi presencia os pudiera atar las manos. Leedla, y ved que el temor de causarme pena no haga violencia á vuestros sentimientos. Sabré soportar lo que temo. Libre sois, don Juan; ¿me entendéis? libre.

JUAN. ¿Qué extrañas razones? ya decidí... (*Quiriendo abrir la carta.*)

FLOR. No, don Juan, no, cuando estéis solo; si vuestra respuesta es favorable, venid á dárme-la presto. Si fuese contraria, os diera pena el decirla. Huid entonces de esta casa sin volverme á ver. Si no os encuentro aquí sabré mi suerte. Adiós, don Juan, acaso para siempre.

JUAN. Hasta dentro de un instante, más bien.

FLOR. No me sigáis, señor, no me sigáis.

## ESCENA V

DON JUAN, después FLORINDA

JUAN. ¡Ah! vamos presto, leamos... ¿Es posible? «Sara, hija del judío Ben-Jochai...» ¡Julia! Y yo un hidalgo de Castilla, un cristiano viejo... ¡Oh! ¡es demasiado, doña Florinda! ¡Estoy loco! No me engañé. Es demasiado cierto. ¿Yo he de unir mi noble sangre? Noble dije. ¡Infeliz! ¿Y quién me ha dicho que mi sangre es noble? Y doy que lo sea, ¿seré menos generoso que ella? No ha mucho cuando estaba yo á sus plantas, sin nombre, sin alcuernia, sin bienes de fortuna, ¿titubeó doña Florinda? ¡Dejarla, Dios mío! ¿olvidarla, don Juan? Jamás; ¡venciste, amor, venciste! Un caballero de Castilla ha de ser menos que una... ¡Oh, perdona, bien mío! ¿Y qué? ¿Cuál será la diferencia entre nosotros? ¿El Dios de Israel no es el de los cristianos? ¿He de adorarla menos porque ella eleve su corazón á ese Dios con ritos diversos de los míos? ¿Y quién sabrá este arcano sino nosotros? ¿Ha de ser por eso menos bella, tendrá menos virtud? ¡Oh, acabemos! Hollemos de una vez necios respetos huma-

nos. Mayor será mi dicha, si mayor el sacrificio. Ya me siento digno de ella. ¡Doña Florinda, mi bien! Volemos á sus plantas.

FLOR. (*Que ha ido entrando poco á poco y que ha oído sus últimas palabras apoyada en el respaldo de un sitial.*) Os escuché, don Juan.

JUAN. ¿Estabais, señora, ahí? ¿Lloráis...?

FLOR. De gratitud, don Juan. ¡Oh! medítadlo bien. ¿No os pesará jamás del sacrificio que me hacéis? Si se llegase á saber...



JUAN. Saldríamos de Castilla. En Italia, en Francia halláramos un asilo... en Palestina; allí al menos estaremos en nuestra casa. ¡Torne á animaros la alegría!

FLOR. ¿Y la gloria que tanto amasteis?

JUAN. En todas partes la encontraré.

FLOR. ¿Y la patria, don Juan, que en ninguna parte volveríais á encontrar?

JUAN. Mi patria sois vos, doña Florinda. (*Echándose á sus pies.*) Ora seáis Florinda, ora Sara, ved en mí, señora, vuestro esclavo. Cifro mi dicha en ser vuestro, y todo mi orgullo en repetir: Tuyo, Florinda, tuyo, Sara, para siempre.

FLOR. (*Se deja caer en un sitial, tendiéndole la mano.*) ¿Habrá, pues, contentos tan difíciles de soportar como el dolor?

JUAN. (*Tomándole la mano.*) ¡Ah! no os ofendáis, señora; dejadme sellar una y mil veces mis labios en esa mano que ha de ser mía.

## ESCENA VI

DON JUAN, DOÑA FLORINDA, DOROTEA

DOR. Alzad, señor don Juan, alzad. El conde vuestro amigo llega en este instante: ya sabe...

FLOR. (*A Dorotea.*) Todo lo sabe, Dorotea. ¡Soy dichosa!

DOR. ¡Generoso don Juan!

JUAN. ¡Cuán hermosa es, Dorotea!

DOR. ¡Silencio! Señor, ya oigo el conde.

FLOR. De hoy más, don Juan, nadie será poderoso á separarnos.

## ESCENA VII

Dichos, FELIPE II

FEL. Perdonad, don Juan, si á fuer de exacto soy indiscreto.

JUAN. Caballero tan perfecto no puede serlo jamás: vos naciste, señor conde, para aumentar quilates al contento, dondequiera que se halle, y para atraerle donde no está. Venid á gozar del mío. Dadme licencia, hermosa doña Florinda, de que os presente al conde de Santa Fiore...

FEL. ¡Vive Dios! es ella, ¡la misma!

FLOR. (*A Dorotea.*) ¿Le conociste?

DOR. (*A Florinda.*) Me pareció conocerle. El mancebo que os siguió...

JUAN. ¿Qué tenéis, señor conde? ¿Habráisla visto ya por ventura...?

FEL. Paréceme haberla visto en Madrid... en el Prado; y tan rara hermosura por cierto no podía sino inspirarme el deseo de volverla á ver... además, don Juan, de cierta semejanza...

JUAN. ¿Con la persona de quien me hablasteis?

FEL. Sin duda.

JUAN. A ella le doy el parabién (*Bajo*) y á vos.

FLOR. Bien venido á mi casa, señor conde de Santa Fiore. En la suya está aquí caballero de tan altas prendas, y sobre todo quien tanto estima á don Juan.

FEL. Tened por cierto, señora, que me es en gran manera grato deber á vuestro amor por don Juan el recibimiento cortésano que me hacéis. (Muero de celos.)

JUAN. Querednos bien, señor conde; sed mi hermano y mi apoyo abriéndome una carrera en que pueda dejar airosa vuestra protección. El rey tiene falta de buenos capitanes, tanto más cuanto que él no lo es.

FEL. ¡Insolente!

FLOR. ¡Delante de un amigo del rey! ¡qué indiscreción!

FEL. (*A don Juan.*) Paréceme con todo que hizo sus pruebas en San Quintín.

FLOR. Y en una jornada victoriosa.

JUAN. Como mero espectador; y si se ha de dar crédito á cierta anécdota...

FLOR. Falsa sin duda, inútil de repetir.

FEL. ¿Cuál?

JUAN. Cuentan si al silbar de las balas le decía á su confesor, tan pálido como él: *Por Dios, que no entiendo qué gusto puede haber en asistir á esta música.*

FLOR. No es verosímil tal dicho en boca de un rey de Castilla.

FEL. ¿Y hubiéralo repetido el confesor?

JUAN. No se lo dijo bajo secreto de confesión; pero infero del aspecto grave de vuestra excelencia que no seríais hombre vos para preguntar á Su Majestad si fué cierta la aventura.

FEL. No; y presumo que no perdonaría al que le fuese con tan necia pregunta. (Insensato, ¡quiere perderse!)

FLOR. (*A don Juan.*) Confesaréis con todo que es activo, incansable, y político profundo...

JUAN. Todo se lo perdonara menos esa intolerancia religiosa que llena el reino de patíbulo.

FEL. ¿Consecuente siempre sin duda con vuestra vocación? Pues yo pienso, como él y como todos los curas del reino, que no hay pena bastante para la apostasía y el judaísmo; y espero que doña Florinda es harto buena castellana para...

FLOR. Mi disculpa estaría en que una doncella de mis años no ha de entrometerse, señor, en tan graves cuestiones; pero si osase decir mi sentir, diría que cuando los desdichados sufren, ora sean inocentes, ora culpables, el deber de los ministros del altar es bendecirlos y consolarlos, y el de las mujeres plañirlos.

FEL. (Un aviso del Santo Oficio pudiera serle útil á ella y á mis fines.)

JUAN. Os predije, señor conde, que habríais de rendir las armas ante tanta belleza y tan claro ingenio. Y para que podáis más libremente satisfaceros, os dejo en su casa. Me perdonaréis, hermosa doña Florinda, si los aprestos de nuestras bodas exigen mi presencia: debo pasar á ver á los escribanos, á la iglesia, á...

FLOR. Y á pagar en todas partes.

JUAN. Decís bien, Dorotea, que en país católico nacer, casarse y morir son tres cosas que no pueden hacerse gratis. (*A Felipe.*) La vuelta será pronto, señor conde: (*A doña Florinda*) os le dejo medio rendido: proseguid la victoria; arrancadle el consentimiento. Dorotea, tengo órdenes para vos también. (*Sale con ella.*)

## ESCENA VIII

DOÑA FLORINDA, FELIPE II

FLOR. ¡Un señor español á solas con una judía! ¡Cuánta cólera, cuánto desprecio, si pudiese sospecharlo!

FEL. Mucho deseaba hablaros sin testigos, señora.

FLOR. Tal vez para revelarme el secreto que don Juan arde por saber...

FEL. Pensamientos más tristes me ocupaban. Cuando os contemplo, doña Florinda, tengo lástima á don Juan, que ha de perderos...

FLOR. Conde, no os comprendo. Me espantáis.

FEL. A pesar mío os lo anuncio; pero esas bodas son imposibles.

FLOR. ¿Quién ha de oponerse? ¿Vos? ¡Oh! no, no seréis vos, en quien descansa su confianza ciegamente, vos, á quien no ha mucho llamaba él hermano.

FEL. No es mi gusto, señora, quien os separa, sino mi deber más bien, y la autoridad que de su padre recibí...

FLOR. De un padre que no existe, que os negáis á descubrir, y cuyos derechos, si viviese, mal pudieran encadenar el albedrío de don Juan.

FEL. Pues que no basta la autoridad paterna, haré valer, señora, otra más poderosa, más absoluta, y delante la cual todo hidalgo bien nacido debe bajar la cabeza y doblar la rodilla: la del rey.

FLOR. ¿Qué decís?

FEL. La verdad, señora; el rey es quien así lo quiere, el rey quien está á vuestro lado, el rey quien os habla.

FLOR. ¡Cielos! ¡El rey aquí! En casa de una... ¡En mi casa!

FEL. Tembláis, señora; tranquilizaos. Sí, el rey es, quien pesaroso de haberos de imponer un sacrificio necesario, pudiendo intimaros una orden, os expresa sólo una súplica.

FLOR. (*Doblando una rodilla.*) Señor, perdonad mi atrevimiento.